

Asistimos hoy a tal profanación de la palabra, que parece justificada la frase atribuida a Talleyrand: «El lenguaje le ha sido dado al hombre para que pueda ocultar el pensamiento». Y llega a tales extremos la dilapidación de la palabra hablada y escrita, que a cada paso se recuerda la variante de Kierkegaard: «La gente se sirve a menudo del lenguaje para ocultar que carece de pensamiento». Vamos a evocar los tiempos en que la palabra era materia sagrada.

## 1. Etimologías ilustrativas

La historia de algunas palabras nos servirá de hilo conductor. Hablar, en español antiguo *fablar*, viene del latín *fabulari*, contar, conversar, derivado de *fabula*. Algo del viejo sentido ha quedado, con evocaciones inquietantes, en *confabular*, que es una manera especializada de hablar. Ese *fabulari* latino está relacionado con un verbo más antiguo, *fari*, hablar, que tiene, entre otros, los siguientes derivados: un participio de presente *fans*, el que habla, de donde *infans*, el que no habla, que es nuestro infante, antiguamente la criatura que aún no podía hablar, después la de pocos años, luego el hijo de nobles (los Infantes de Lara), más tarde los hijos de los reyes (los Infantes de Aragón) y finalmente el soldado de la más modesta de las armas. También procede de él otro participio, *fatus*, de donde *fatum*, el hado, que es, etimológicamente, lo que ha sido dicho, la predicción y luego el destino, en realidad el desdichado, terrible, funesto, y frente a él la bienhechora *hada*. De ahí derivan *bienhadado* y *malhadado*, y también *nefando*, y además *fasto* y *nefasto*, y por otro lado *fama* e *infamia*, *famoso* e *infame*.

El verbo hablar nos ha llevado ya a regiones lejanas. El sustantivo palabra nos conducirá también a tierras misteriosas: procede del latín eclesiástico *parabola*, tomado a su vez del griego (significaba comparación o alegoría), y la parábola era la forma por excelencia de la palabra de Jesús.

Vemos, pues, la palabra entrañablemente asociada con la fábula y la parábola. En griego está unida además con una forma de creación religiosa: el mito. El griego *mythos*, además de designar el mito o la leyenda, significaba la palabra, y *mythéuo* o *mythéomai*, hacer mitos, era corrientemente hablar. ¿No ha llegado a sostener un lingüista famoso en otro tiempo y hoy muy olvidado (Max Müller), que el mito es un producto accesorio del lenguaje, una especie de enfermedad de la palabra? De manera más hermosa lo expresaba Paul Valéry, partiendo de la poesía:

Mito es el nombre de todo lo que existe por la sola virtud de la palabra... Todo nuestro lenguaje se compone de pequeños sueños breves... No se puede hablar sin crear mitos... La palabra nos habita y lo habita todo... En un principio era la fábula...

Hasta un verbo de apariencia tan inofensiva como decir, del latín *dicere*, que era originalmente mostrar o indicar, y luego mostrar por medio de la palabra, está tempranamente relacionado con la lengua de la religión y del derecho (de él vienen *índice*, *dedicar*, *abdicar*, *predicar*). Por su anverso amable, ha dado en español la dicha, es decir, los dichos favorables, propicios. Y por el reverso, otros derivados: *interdicere*, pronunciar una sentencia, de donde el francés *interdire*, prohibir (*il est interdit*) y el español *interdicto* o *entredicho*, y un intensivo *dictare*, decir en voz alta, repetir, de donde *dictador* y *dictadura*. Desde luego también *bendecir* y *maldecir*.

También voz, del latín *vox*, está asociado en su origen con la lengua de la religión y del derecho (algo de ello perdura en *invocar* y *evocar* o en *revocar* y *provocar*). Y tiene origen común con el griego *épos*, que era la palabra y también la palabra de un dios, el oráculo, la promesa, y luego la palabra de un canto o de un relato, y de ahí la *epopeya*. Aun un verbo enteramente inocente, pronunciar (en latín significaba anunciar públicamente o en voz alta, y de ahí *anunciar*, *enunciar*, *renunciar*, *denunciar*), ¿no ha dado el pronunciamiento? Y el encantar y el encantamiento ¿no se remontan a los viejos conjuros y ensalmos cantados? Y el ensalmo ¿no es una prolongación del salmo?

## 2. La palabra, divinidad creadora

En el Génesis, Dios crea el mundo con su palabra:

Y Dios dijo: Hágase la luz y la luz fue... Y llamó a la luz día (*yom*) y a las tinieblas noche (*láyl*)... Y

Dios dijo: Hágase el firmamento en medio de las aguas... Y llamó al firmamento cielo (*shamáyim*)... Y

Dios dijo: Júntense las aguas debajo de los cielos en un lugar, y descúbrase la porción seca. Y Dios llamó a la porción seca tierra (eres) y al ayuntamiento de las aguas llamó mares (yammim). Y Dios dijo: Produzca la tierra hierba verde y que haga simiente, y árbol de fruta que dé fruta... Y Dios dijo: Sean luminares en la extensión de los cielos y aparten el día y la noche... Y Dios dijo: Produzcan las aguas reptil de ánima viviente y aves que vuelen sobre la tierra... Y Dios dijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza...

Toda la creación surge de la palabra de Dios. Lo recuerda un salmo de David (XXXIII): «Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el espíritu de su boca». Pero además agregaba el Génesis:

Luego que Dios, el Señor, hubo formado de la tierra todos los animales terrestres y todas las aves del cielo, llevólas a Adán para que viese cómo las había de llamar, y todo lo que Adán llamó a ánima viviente, ése es su nombre. Y llamó Adán por sus nombres a todos los animales y a todas las aves del cielo y a todas las bestias de la tierra.

Así, la palabra es don creador de la divinidad, y el nombre de las cosas es obra del hombre. El poder de Dios llevará después la confusión de lenguas a los soberbios constructores de la torre de Babel, y el don de lenguas, para evangelización de los gentiles, a los apóstoles congregados en los días de Pentecostés. Jehová dice a Jeremías (XXIII, 29): «¿No es mi palabra como el fuego, y como martillo que quebranta la piedra?»

La palabra aparece divinizada en muchas de las religiones antiguas. Los romanos tenían un dios del lenguaje: Aius Locutius (Aius Loquens, en Cicerón), al que habían levantado un altar al pie del Palatino (le atribuían haber anunciado con su voz, en la noche, la proximidad de los galos). Más grandeza tenía el dios Thot del Antiguo Egipto, «Señor de las palabras divinas», inventor del lenguaje y de la escritura, mensajero y agente de Ra. En una de las tradiciones más antiguas (la recogida en el Libro de los muertos, colección de papiros funerarios), es el mismo Ra, o Atum-Ra, el que, al pronunciar los nombres con su boca, crea a los otros dioses y todo cuanto existe. El verbo de Atum-Ra regía el mundo de los dioses y de los hombres, era instrumento de creación continua, órgano del gobierno, heraldo del derecho y de la justicia. En el papiro de Nesmín, él mismo proclamaba: «Yo he creado todas las formas con lo que ha salido de mi boca cuando no había cielo ni tierra». Unos dos mil años antes del amanecer del pensamiento griego y hebreo, el dios Ptah, de Menfis, había concebido el mundo y a los otros dioses con su corazón (Horus) y lo había creado con su palabra (Thot). La Grecia clásica, y aún más la helenística, identificó a Thot con Hermes, convertido en dios griego del lenguaje. Es el hijo de Zeus, nuncio de su voz en la tempestad y en el trueno. A través de Varrón y de San Agustín, se transfiguró en el alado Mercurio latino, transmisor del pensamiento de Júpiter y dios del lenguaje.

También el ser supremo de la religión de Zarathustra, Ahura Mazda, «el Señor Sabio», había creado el mundo no por obra de sus manes, sino por el poder de su palabra. Pero es sobre todo en la India de los himnos védicos donde la divinidad de la palabra, Vac (el nombre está emparentado con el latín vox), adquiere la más alta jerarquía entre los dioses. El lenguaje humano, fugaz y perecedero, era para los Vedas una emanación del lenguaje eterno, celestial. Vac, la diosa de la palabra, también la diosa de la plegaria, era veloz como el pensamiento, creadora, sabia, majestuosa, distribuidora de bienes, y con su poder abarcaba todo lo creado.

Ese dios de la palabra es una prefiguración del Logos griego. Para Heráclito, hacia el año 500 antes de Cristo, el Logos, la palabra o la razón, es el principio rector del cosmos, el origen de las cosas, del conocimiento y del orden físico y moral. Los pitagóricos y los estoicos lo personificaron en Hermes. Ese Logos ¿no es el verbo de San Juan, la palabra de Dios que precede a todas las cosas, que crea todas las cosas, que ilumina el espíritu humano? Dice el Evangelio:

En un principio era la palabra [el Logos, en griego; el Verbo, en latín], y la palabra estaba con Dios y la palabra era Dios. Todas las cosas han sido hechas por ella, y nada de lo que ha sido hecho ha sido hecho sin ella. En ella estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.

### 3. El Popol Vuh

También en el viejo mundo religioso de América la palabra tenía carácter divino. Detengámonos en el Popol Vuh, el libro sagrado de los maya-quichés de Guatemala:

Existía el cielo, y también el Corazón del Cielo, que éste es el nombre de dios, y así es como se llama. Llegó aquí entonces la palabra, vinieron juntas Tepeu y Gutumatz, en la oscuridad, en la noche) y hablaron entre sí. Hablaron, consultando entre sí y meditando; se pusieron de acuerdo, juntaron sus palabras y su pensamiento...

Y luego explica la creación:

—Hágase así! ¡Que se llene el vacío! ¡Que esta agua se retire, que surja la tierra y que se afirme! Así dijeron «¡Que aclare, que amanezca en el cielo y en la tierra!»...

Así dijeron cuando la tierra fue formada por ellos. Así fue en verdad como se hizo la creación de la tierra. «¡Tierra!», dijeron, y al instante fue hecha.

Surgieron las montañas y los valles, brotaron cipresales y pinares, se dividieron las corrientes de las aguas. Luego los dioses progenitores hicieron los pequeños y grandes animales del monte, asignaron sus moradas a los venados y a las aves, y les dijeron:

Hablad, gritad, gorjead, llamad, hablad cada uno según vuestra especie... Decid nuestros nombres, alabadnos a nosotros, vuestra madre, vuestro padre... Hablad, invocadnos, adoradnos...

Pero no pudieron conseguir que hablaran; sólo chillaban, cacareaban, graznaban, cada uno de manera diferente. El Creador y el Formador dijeron: «No ha sido posible que ellos digan nuestro nombre, el de nosotros, sus creadores y formadores. Esto no está bien». Y los relegaron a los barrancos y a los bosques, y les impusieron como destino que sus carnes fuesen inmoladas y sirviesen de alimento. Y los dioses se entregaron a la tarea de crear al hombre para que hablara sobre la faz de la tierra, e hicieron hombres de barro, e hicieron hombres de palo, y después de fracasos y peripecias infortunadas, crearon finalmente, con masa de maíz blanco y amarillo, e infundiéndoles vigor con zumos fermentados de maíz, cuatro hombres, que dieron gracias al Creador y al Formador, y luego cuatro mujeres, que prolongaron la estirpe humane y dieron hombres de muchas clases y de muchas lenguas, capaces de elevar en ellas sus plegarias a los dioses.

### 4. La palabra poética

Mito, magia, poesía, religión, razón, lenguaje, están íntimamente amalgamados en la historia y en la vida del hombre. Son hilos —dice Ernst Cassirer— de la inmensa red que constituye el universo simbólico en que se desenvuelve el hombre. La existencia misma del lenguaje, ¿no es un hecho mágico? ¿Cómo puede la palabra, un soplo sonoro —«aire herido», según Fernando de Herrera, el Divino; «humo de la boca», que se desvanece en el aire según el jeroglífico chino—, transmitir el amor, el odio, la alegría o el dolor, las ideas más intemporales y abstractas, el deseo y la voluntad, de una persona a otra? ¿Y además, fijarse ese soplo en papel, pergamino o celuloide, y viajar por todas las lejanías y perpetuarse por los siglos de los siglos?

La palabra es creadora del mundo, o creadora de mundos, en los viejos textos religiosos. Y los viejos textos religiosos son textos poéticos, o los viejos textos poéticos son textos religiosos. Su virtud y eficacia reside en la pronunciación y recitación fiel de cada verso, de cada sílaba. La palabra en ellos tiene valor sacramental, y su poder se mantiene si no se contamina con el uso cotidiano, si se fija en los moldes misteriosos o herméticos de la vieja lengua sabia, que encarna, para los fieles, la lengua misma de la divinidad (el hebreo bíblico, el latín de la Iglesia, el eslavo antiguo). De ahí la tradicional resistencia ortodoxa a que se incorporen a la profanadora lengua general. Los musulmanes creen que el Corán conserva toda su fuerza divina en el texto original, y que la pierde en la traducción, en lo cual no les falta razón. La traducción es siempre una profanación. Desprendida de la fuente divina, el destino de la palabra es la constante secularización o profanación.

Con todo, la palabra conserva siempre, más o menos oculto, el sello de la creación original. El filólogo, desde la antigüedad griega, se afana por buscar, detrás de la máscara de cada una, la palabra

etimológica, es decir, la verdadera (tò étimon). El filósofo, la palabra elemental, la palabra única que abarque y explique todas las otras («conservar en su verdad la fuerza de las palabras más elementales, en las que nuestra Realidad se expresa a sí misma», es su misión, según Heidegger). Y el poeta, la palabra esencial («La creación poética —ha dicho Gerhard Hauptmann— consiste en dejar oír detrás de cada palabra la palabra esencial»). La poesía crea sus mundos con la materia sutil e inasible de la palabra. Degas, desencantado de la pintura, quiere hacer versos, porque tiene ideas. Pero en vano. Mallarmé le advierte: «La poesía no se hace con ideas; se hace con palabras». Cuando es auténtica, nos transporta a los tiempos en que era canto mágico o religioso. Porque el poeta, además de ser poietés, artesano creador, ha sido vate, es decir, oráculo, augur, profeta. Así lo sentía don Ramón del Valle Inclán:

Son las palabras espejos mágicos donde se evocan todas las imágenes del mundo. Matrices cristalinas, en ellas se aprisiona el recuerdo de lo que otros vieron y nosotros ya no podemos ver, por nuestra limitación mortal, aun cuando todas las imágenes y todos los verbos sean eternidades en el seno de la luz, como explicaba el mago Apolonio de Tyana. Para el iniciado que todas las cosas crea y ninguna recibe en herencia, la luz es numen del Verbo. Las palabras en su boca vuelven a nacer puras como en el amanecer del primer día, y el poeta es un taumaturgo que transporta a los círculos musicales la creación luminosa del mundo.

Y aún agregaba:

El idioma de un pueblo es la lámpara de su Karma. Toda palabra encierra un oculto poder cabalístico: es Grimorio y Pentáculo... El pensamiento toma su forma en las palabras como el agua en la vasija. En la poesía —«el más inocente de los menesteres», decía, no sin ironía, Hölderlin— revive el poder mágico de la palabra, «el más peligroso de los bienes», como agregaba él mismo. La palabra recobra en ella su vieja carga de misterio y terror. Lo que parece hoy menester del poeta era en otros tiempos fervorosa e ingenua devoción. Todavía en nuestros días se detiene ante la palabra un escritor tan representativo como Jean-Paul Sartre. Para él es sagrada cuando es uno el que la dice («indica una trascendencia más allá del mundo») y es mágica cuando otro la oye, pues ejerce su acción a distancia (L'être et le néant). Y cuando Sartre quiere reconstruir (o construir) su infancia, y hablarnos de sus primeras lecturas y sus primeras creaciones y sueños de escritor, titula su libro: Las palabras (Les mots, París, 1964). Sartre confiesa que descubrió el mundo a través del lenguaje, y que por eso tomaba el lenguaje como si fuese el mundo. Existir era para él tener un nombre en las Tablas infinitas del Verbo; escribir era grabar en ellas seres nuevos o cautivar las cosas vivas en las redes de las frases. No amaba —dice— más que las palabras, y le parecía que su destino era «levantar catedrales de palabras bajo el ojo azul de la palabra cielo».

## 5. La magia de los sonidos

La palabra de los textos religiosos y poéticos se fija en la letra. Pero su poder reside en la vibración etérea. Desde el Cratilo de Platón hay un constante empeño por asociar el misterio de los sonidos con la significación. Por más ilusorio que sea ese empeño, es indudable que los sonidos tienen un poder impresivo o evocador que contribuye al poder mágico de la palabra. Rimbaud ha intentado recogerlo en un soneto famoso, traducido por Enrique Díez Canedo<sup>1</sup>.

Es evidente que ese poder sugestivo es de orden puramente personal (Nietzsche en El viajero y su sombra, llegó a sostener que cada palabra tenía su olor, y que había entre ellas tanta armonía o disonancia como entre los perfumes). Rimbaud mismo explicaba en uno de sus «delirios», que tituló «alquimia del verbo»:

¡Inventé el color de las vocales!... Regulé la forma y movimiento de cada consonante, y con ritmos instintivos, tuve la pretensión de inventar un verbo poético accesible algún día a todos los sentidos. Me reservaba la traducción.

Fue al principio un esbozo. Escribía silencios, noches, apuntaba lo inexpresable.

Su idea —confiesa en carta del 15 de mayo de 1871— era que el poeta, a través de un largo, inmenso y

razonado desarreglo de todos los sentidos, debía convertirse en vidente. Sometía imágenes y cosas a su labor de alquimista, y luego —dice— «explicaba mis sofismas mágicos con la alucinación de las palabras».

Los sonidos tienen sin duda un valor sugestivo, aunque no necesariamente el que les asignaba Rimbaud. Dámaso Alonso, en sus hermosos estudios sobre Góngora, estudia insistentemente lo que llama «la magia de la imagen fonética». Con el poder significativo de las palabras se funden a veces sutiles oleadas que se desprenden de los elementos fónicos, y que en la cámara secreta o trasfondo del alma contribuyen al efecto poético. Se detiene sobre todo en el contraste de colores: la a es para él blanca, la u purpúrea. Góngora da por ejemplo una sensación de oscuridad y de augurio funesto en el siguiente verso:

infame turba de nocturnas aves...

los dos acentos rítmicos, en cuarta y octava, recaen sobre la misma sílaba tur (túr-ba, noc-túr-nas), que «con su vocal profunda y su cerrazón por la r es la que da contrabalanceadamente esa sensación oscura a todo el verso». Sobre ese verso caen —dice— dos intensos chorros de luz, pero de luz negra.

## 6. El derecho y la magia

Aun el derecho romano, tan racionalizado, verdadera obra maestra de cálculo, de rigor lógico, de espíritu práctico, está lleno de fórmulas mágicas: fórmulas rimadas cuya virtud residía en el ritmo y en la oscuridad de la forma; palabras sacramentales que había que pronunciar solemnemente; preguntas y respuestas de carácter ritual (véase von Ihering, *El espíritu del derecho romano*, o Decugis, *Les étapes du droit*). Omitir o alterar una palabra invalidaba el acto jurídico. La fuerza misteriosa de las palabras creaba lazos indisolubles, daba validez a un pacto, creaba o extinguía las obligaciones jurídicas, imponía deberes sagrados. El juramento y el contrato consagraban en términos verbales fijos los lazos invisibles que encadenaban a los hombres entre sí o con las deidades superiores. Para el romano de los primeros siglos —el de las Doce Tablas— era justo lo que respondía a una fórmula rigurosa consagrada o a una declaración verbal solemnemente pronunciada (era el sentido de la nuncupatio, de nomen y capio). El derecho romano, sin compasión, consideraba inhábiles a los sordos y a los mudos. La palabra era una potencia. Todo acto jurídico tenía su rito verbal.

Una fórmula sentenciosa del derecho romano arcaico lo consagraba: «Cornu bos capitur, voce ligatur homo». Se unce al buey por el cuerno, al hombre por la palabra. Entre los viejos refranes castellanos «que dicen las viejas tras el fuego», recogidos, según se cree, por el Marqués de Santillana, figuraba el siguiente: «Al ome por la palabra e al buey por el cuerno». Que en la lengua clásica y moderna tiene dos variantes (todavía las recoge el *Diccionario de la Academia*): «Al buey por el asta, y al hombre por la palabra» «Al buey por el cuerno, y al hombre por el verbo». Claro que hoy tienen valor metafórico. Pero el romano concebía los lazos o vínculos como materiales. Obligar, derivado de ligar, era sujetar materialmente por contrato o juicio, y de ahí forzar. Y absolver era desatar los lazos.

En el moderno derecho, en las rígidas redes de la terminología jurídica ¿no sobreviven el juramento, el perjurio, los conjuros, las viejas fórmulas y palabras mágicas? Y lo que se dice del derecho se puede, aun con mayor razón, decir de la medicina, que ha tenido siempre origen mágico y ha estado rodeada, en todos los pueblos, de circunstancias astrológicas, de prescripciones rituales, de oraciones y encantamientos, de homeopatías y antipatías. Los hechiceros de los Vedas decían en sus conjuros: «¡Oh fiebre, no te me escaparás, te conozco por tu nombre!» Si la conocían por el nombre, la podían exorcizar, podían ordenarle que abandonara el cuerpo del enfermo. Todavía hoy, cuando el médico descubre el nombre de la enfermedad —¿no es esa la esencia del diagnóstico?— pareciera que se apoderara de ella, que deshiciera su maleficio. Pedro Laín Entralgo ha dedicado un hermoso libro a estudiar la curación por la palabra, y apenas se ha detenido en los griegos de la Antigüedad clásica. Nuestra vida española e hispanoamericana presenta en esta materia vastos tesoros aún inexplorados. No sólo la madre Celestina creía en la curación por la palabra, y la practicaba. El noble Pleberio, padre de Melibea, dice a su hija al verla doliente:

—Si tú me cuentas tu mal, luego será remediado. Que ni faltarán medicinas ni médicos ni sirvientes para buscar tu salud, agora consista en yerbas o en piedras o en palabras, o esté secreta en cuerpos de animales.

## 7. La palabra, potencia maléfica

Antes de ser signo de un pensamiento, la palabra fue instrumento de una voluntad. Era una fuerza independiente, alada, capaz de herir, de matar, de llevar la desolación a las ciudades, de agostar los campos, de mover hombres, cosas, fuerzas naturales, y hasta de gobernar a los dioses y a los muertos. Había palabras de inmenso poder ante cuyo imperio nada ni nadie podía sustraerse. Entre ellas, las de bendición y maldición.

Polifemo, el feroz cíclope de la Odisea, lanza su imprecación contra Ulises o implora a Poseidón, su padre, que lo condene a no regresar jamás a Ítaca, o a regresar tarde y desdichado, en nave extranjera, después de haber perdido a todos sus compañeros. Casi toda la tragedia griega representa el cumplimiento del poder imprecatorio de la palabra, de lo que con términos bíblicos llamamos hoy la maldición. La estirpe de Laio sucumbe bajo el peso de una maldición, que arrastra también a Edipo a su trágico destino. Edipo mismo, humillado por sus dos hijos, Eteocles y Polinices, pronuncia contra ellos su terrible maldición, que los arrastrará a matarse en lucha feroz. Es el tema que Esquilo desarrolla en Los siete sobre Tebas. Ante el cuerpo de los hermanos, dice el Coro (v. 832-833): «¡Oh negra, todopoderosa imprecación de Edipo y de su estirpe!»... Y luego (v. 840): «Ha llegado a su término, sin desfallecimiento, la palabra que llevaba la imprecación de un padre». También la tragedia de los Atridas es el cumplimiento de un voto imprecatorio. Una vez proferida, la palabra se convierte en deidad implacable (Ará), que actúa por sí misma. Por eso, cuando Agamenón y los fieros guerreros que le acompañan llevan a la tierna Ifigenia al sacrificio, insensibles a sus llamados, a sus ruegos, a sus lágrimas, a su edad virginal, la hacen subir al altar del sacrificio con una mordaza, «para cerrar su hermosa boca —dice el Coro (Agamenón, v. 235-236— y detener toda imprecación sobre los suyos». La misma fuerza tenía la imprecatio latina, o la exsecratio, personificadas en las Furias o en las Dirae, las Euménides romanas. Enormes colecciones de Dirae o imprecaciones grabadas en tabletas han sobrevivido de la época romana (y griega), en sepulcros y templos. Diversas fórmulas imprecatorias — la llamada imprecación condicional— preservaban a la sociedad romana, por una especie de temor sagrado, más allá de las leyes y de los instrumentos del Estado. Los condenados a muerte eran amordazados para que en sus últimos momentos no pudieran maldecir al soberano.

La imprecación griega o latina era una forma de voto o de plegaria (apa o katápa parece relacionado con el latín orare; imprecatio viene de precari, rogar, orar). El anatema griego era la ofrenda o ex-voto que se colocaba en lo alto de los muros en las columnas de los templos o en lugares señalados, como expresión de gratitud (anáthema significa lo que se coloca en alto o se suspende), y también la estatua, u objeto que perpetuaba un recuerdo. Contenía a veces deseos o maldiciones. Con el cristianismo se transformó en la forma suprema de condena de la Iglesia: la maldición, la excomunión (Anathema sit!). El maledicere latino (también el griego kakoloyein), que sólo era hablar mal de alguien o injuriar a alguien, se llenó, con los textos bíblicos y la predicación, de nuevo sentido. Dios maldijo a la serpiente («¡Maldita serás más que todas las bestias y que todos los animales del campo: sobre tu pecho andarás, y polvo comerás todos los días de tu vida!», Génesis III, 14), y maldijo a Caín («¡Maldito seas tú de la tierra, que abrió su boca para recibir la sangre de tu hermano! «, Id., IV, 9). Y ordenó a Abraham que fuera a la tierra prometida y le dijo (Id., XIII, 3): «Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré». Noé, al despertar de su vino, maldijo a Canaán, hijo de Cam (Id., IX, 24): «¡Maldito sea Canaán! ¡Siervo de siervo será a sus hermanos!» Moisés ofreció al pueblo de Israel la bendición o la maldición, según obedeciera o no los mandamientos de Dios (Deuteronomio, XI, 26): «Yo pongo delante de vosotros la bendición y la maldición». Y a la entrada de la tierra de promisión habló a su pueblo y mandó (Id., XXVII) que el monte de Hebal fuese para la maldición, y que los levitas pronunciasen en él sus maldiciones contra los que hiciesen imágenes, los que deshonrasen padre

o madre, los que estrechasen los términos del prójimo, los que descaminasen al ciego, los que torciesen el derecho del extranjero. La maldición sacerdotal era guardiana de la ley de Dios.

La maldición era una fuerza —a veces una energía potencial— que se descargaba de cierto modo o en determinadas circunstancias y que no estaba al alcance de todos. Su eficacia dependía de los poderes o de la virtud mágica del que la profería. Los ancianos de Moab y de Medín acudieron por tres veces a Balaam, «con las encantaciones en la mano», para que maldijera al pueblo de Israel (Números, XXII-XXIV), pero él prefirió obedecer la voluntad de Dios y lo bendijo. La maldición no se debía usar para el mal. Dios estatuyó entre sus leyes (Éxodo, XXI, 17): «El que maldijere a su padre o a su madre morirá». La bendición o la maldición, una vez pronunciadas, no se podían recoger: Isaac, engañado, bendice a Jacob creyendo que era Esaú, y cuando éste llega y le pide la prometida bendición («¿No me has guardado bendición?», Génesis, XXVI), no estaba en su poder retirar las palabras que había dicho a Jacob: «¡Sé señor de tus hermanos, e inclínense a ti los hijos de tu madre!»...

La maldición bíblica conservaba su carácter mágico. Si alguien apartaba su corazón de Dios y no obedecía su ley —anuncia Moisés a su pueblo (Deuteronomio, XXIX, 20), Dios no lo perdonaría: «acostarse ha sobre él toda la maldición escrita en este libro». David, injustamente infamado clama a Dios contra su enemigo, y dice de él (Salmo CIX): «amó la maldición y vínole; y no quiso la bendición, y ella se alejó de él. Y vistióse de maldición como de su vestido, y entró como agua en sus entrañas y como aceite en sus huesos».

Todavía hoy el árabe siente la palabra como una fuerza actuante. Cuando alguien lo maldice, se acuesta en el suelo para que la maldición pase por encima de su cuerpo sin alcanzarle. La maldición paterna era infalible. Un proverbio moro dice: «Si los santos te maldicen, tus padres te podrán salvar; si tus padres te maldicen, los santos no te salvarán». De los árabes heredó España un rico repertorio de maldiciones, que se acrecentó con una importante contribución gitana. La maldición cae sobre uno —«Parece que le ha caído la maldición», se dice del desdichado—, y el maldecir es del habla cotidiana:

¡Mal rayo le parta!, ¡Mala rabia le acabe!, ¡Mala landre le coma! La landre o landra es la paste de Levante), ¡Mal tiro le peguen!, ¡Malas puñalás le den (y sin entierro se encuentre!), ¡Malos mengues le coman! O ¡Que le lleven los mengues! (los mengues son los demonios), ¡Maldita sea su estampa! (o su alma, o su sombra), ¡Maldita sea la hora en que nació! (o la hora en que lo conocí), ¡Maldita sea la madre que lo parió! ¡Maldita sea!

El le se cambia fácilmente en te. Es terreno en que la imaginación tiene juego exuberante, pero hay frases consagradas: «¡Mal fin tenga el que tiene el que no tiene, mal fin tiene!» (es maldición de pobre), «¡Maldito el diente que se come la simiente!», «¡Pleitos tengas y los ganes!», «¡Que se le sequen los ojos!», «¡Males churías te diñen en los clisos!» (maldición gitana = malas puñaladas te peguen en los ojos). Y también las defensas preventivas o consoladoras, que se han vuelto refranescas: «Maldición indiscreta, por do sale por allí entra», «Maldiciones de becerro (o de burro) no llegan al cielo». Que tiene su variante venezolana: «Maldición de cachicamo no le cae a morrocoy» (el cachicamo es el armadillo y el morrocoy una especie de tortuga terrestre). O colombiana: «Maldición de gallinazo / no me llega al espinazo». Y fórmulas de negación enfática: «No me hace maldita la gracia», «A mí me importa maldita la cosa». Soltar uno la maldita es soltar la lengua.

## 8. Palabras mágicas

Frente al maleficio de la maldición actuaba el poder bienhechor de la bendición. La fuerza divina o mágica de la palabra servía para el bien o servía para el mal. Había palabras de inmenso poder. Y hubo quienes se apoderaron de ellas, quienes las mantuvieron en secreto, quienes las custodiaron y administraron. Mago es nombre que viene de Persia. Los magos formaban la casta sacerdotal de los medos, y su religión, o su ciencia, era la magia. Con fórmulas mágicas sometían a las fuerzas demoníacas, abrían las puertas del mundo infernal y se comunicaban con sus dioses. Sus conjuros y oraciones se difundieron por todo el Oriente y pasaron a Grecia, y a través de ella al mundo occidental. Los tres Reyes Magos de la Epifanía ¿no provenían de la Persia mágica?

Cada pueblo tenía sus propias creencias mágicas, incorporadas a veces a su mundo religioso, o conviviendo, abierta o subrepticamente, con él. Pero el poder mágico de la palabra parece propio de todos los pueblos. Todo rito, todo acto mágico tiene su fórmula verbal, que debe cumplirse con absoluta precisión, con su ritmo propio. El mago —o brujo, hechicero, encantador, jorguín, cohen, piache o moján— tenía siempre, en su variado arsenal, un rico repertorio de palabras, fórmulas, oraciones. No hay mago sin palabras mágicas. Ante ellas, los muertos salían de sus tumbas. En Los persas, de Esquilo, el Coro de ancianos, después del desastre de Salamina, evoca, con sus llamados y lamentaciones, la sombra del Rey Darío, para preguntarle cuál iba a ser el término de los males. Y Darío aparece sobre su tumba, y ante el pavor que produce su aparición, dice (v. 697): «Es por obedecer a tu demanda que he vuelto al día». Y en el Antiguo Testamento, el rey Saúl, que había echado de su tierra a los encantadores y adivinos, atemorizado ante una invasión de filisteos y ante el silencio de su Dios, acudió, disfrazado y de noche, a una mujer dotada de poderes mágicos, e hizo que evocara la sombra de Samuel, el cual se le apareció y preguntó (Samuel, I, cap. XXVIII): «¿Por qué me has inquietado haciéndome llamar?».

También los genios y potencias ocultas obedecen a las voces de los hombres que saben llamarlos. Palacios fantásticos sepultados en las profundidades de la tierra abren sus entradas misteriosas ante una invocación. Recuérdese el ¡abracadabra! de la magia medieval o el ¡Sésamo ábrete! de Las mil y una noches. Todo el folklore moderno, los cuentos tradicionales recogidos por Grimm o Andersen, los que se oyen en los campos de América, de origen español, indígena o africano, mantienen, a veces reelaborado, el viejo fondo mágico. La magia moderna, blanca y negra, ha recogido, de los pueblos que han forjado nuestra cultura, una inmensa herencia para sus prácticas. Pero toda nuestra vida moderna, tan científica, ¿no está penetrada de elementos mágicos? ¿Es la muerte un sustantivo abstracto o es un poder temible que nos acecha a cada instante? La palabra es siempre portadora o creadora de un mito. Todavía hoy se cura con palabras, se hiere con palabras y se mata con palabras; se bendice y se maldice, se puede ser un bendito o un maldito. Imprecaciones, juramentos, conjuros, anatemas, invocaciones, llamados, blasfemias, bendiciones, profecías, votos, oraciones, fórmulas de saludo y despedida, que llenan la vida privada y pública de todos los hombres, mantienen, muchas veces enmascaradas, viejas fórmulas mágicas. ¿No nos resistimos a veces a pronunciar ciertas palabras, por miedo a la palabra desnuda, como si fuera la verdad desnuda, o a nombrar ciertas enfermedades terribles, como queriendo evitar que el maleficio del nombre consuma el maleficio de la enfermedad misma? Y al dar nombre a un niño recién nacido, ¿no se quiere que el nombre, bajo la protección de un santo o patrono, o de un antepasado, sea signo propicio de su destino?

## 9. La magia del nombre

El nombre propio es sin duda el nombre propiamente dicho, el originario o primitivo, aunque modernamente se nos aparece como subsidiario. Desde la más remota antigüedad se ha sentido como esencia o parte indisoluble del ser. El Antiguo Testamento explicaba muchas veces el sentido original del nombre: Eva (Havvah) se llamaba así «por cuanto que ella era madre de todos los vivientes» (Génesis, III, 20); Abraham significaba «padre de muchedumbre de gentes» y Sara «Princesa» (Id., XVII); Dios puso a Jacob el nombre de Israel, que quería decir «hombre que ve a Dios» (Id., XXXII, 28). Y también los Evangelios: Jesús dio a Simón el nombre de Cephas, que significa en arameo «piedra» (San Juan, I, 42; S. Mateo, XVI, 18). Moisés amenaza al que se aparta del camino señalado por su ley (Deuteronomio, XXIX, 20): «Jehová raerá su nombre de debajo del cielo». Y David (Salmo LXXII) bendice el nombre de Dios: «Bendito Jehová Dios, el Dios de Israel, que sólo hace maravillas; y bendito su nombre glorioso para siempre».

En el antiguo Egipto la astuta Isis logró arrancarle a Ra, el dios creador, su nombre verdadero, o sea el secreto de su poder, y así adquirió carácter divino. El nombre era la parte más sólida y más íntima del ser —dice Ignace Meyerson, en *Les fonctions psychologiques et les oeuvres* y cita un pasaje de la *Histoire des religions*, de Fourcade:



Dar al Faraón un «nombre» nuevo en el cual entraba la designación de un atributo o de una manifestación del Gavilán, y más tarde de Ra, y agregarlo a los otros nombres del protocolo real, era para ellos introducir en la persona real, y superponerlo a los otros elementos que ya lo componían, un ser nuevo, excepcional, que era una encarnación de Ra. O, más exactamente, era desprender en realidad de Ra una de sus vibraciones, una de sus almas fuerzas, cada una de las cuales era enteramente Ra, y al hacerla entrar en la persona del Rey era transformarla enteramente en un ejemplar nuevo, un nuevo soporte material de la Divinidad.

Los dioses antiguos tenían un nombre cotidiano y otro auténtico, secreto, sagrado, misterioso. Poseer el nombre era poseer la esencia del dios (su hipóstasis), o al dios mismo. Al pronunciarse ese nombre, entraba en acción el dios, se abría la tierra, se apartaban las aguas, se detenían los astros. El devoto podía aproximarse a él con epítetos que apuntaran a su esencia: Zeus era el recolector de las nubes (Nefelegerétes) o el que tenía la égida (Aigioxos); Apolo, el brillante (Foibos) o el luminoso (Aúkelos); Afrodita, la celeste (Ouranía); Poseidón, el que abrazaba la tierra (Paiéoxos); Atenea, la industriosa (Ergáne); Júpiter era Capitalinus, Optimus, Maximus, Fulminator, Victor, Stator, Tonans, etc. Los epítetos de cada divinidad eran variados, y se sucedían y acumulaban en los cantos. El nombre de la deidad guardiana de Roma se guardaba secreto a fin de mantener a la ciudad a salvo de conjuros extraños o de fuerzas enemigas. El secreto se extendía a los nombres de las personas encargadas del culto: los sacerdotes que intervenían en los misterios de Eleusis tenían unos nombres que no se podían pronunciar, se grababan en tablillas de bronce o de plomo y se arrojaban al mar. Pueblos diversos de África, Asia y Oceanía ocultaban celosamente, aún hoy, los nombres de sus dioses y de sus ídolos y hechiceros. El verdadero nombre del Dios hebreo era impronunciable o inefable para los antiguos judíos, y parece que sólo lo conocía el gran sacerdote del templo de Jerusalén. En su lugar se empleaban nombres familiares, como Adonái o Eloím, o bien designaciones eufemísticas: «el Nombre único», «el Nombre glorioso y terrible», «el Nombre grande y terrible», «el Nombre oculto y misterioso», «el Nombre revelado»... Los antiguos manuscritos bíblicos de Egipto lo representaban abreviadamente con cuatro letras (IHHV), un tetragrama dorado del que luego, por falsa interpretación, surgió el nombre de Iahvé o Jehová.

Compenetrado con la tradición bíblica, Fray Luis de León dedicó una obra a los nombres de Cristo. El nombre —dice— «es como una imagen de la cosa» o «la misma cosa disfrazada en otra manera», o «el ser que tienen las cosas en el entendimiento del que las entiende». Por eso «conviene que en el sonido, en la figura o verdaderamente en la origen y significación se aproxime a aquello de donde nace». A través de los nombres de Jesús buscaba Fray Luis la esencia oculta en ellos: todas las perfecciones, o gran parte de ellas, se entenderían —dice— «si entendiésemos la fuerza y la significación de los nombres que el Espíritu Santo le da en la Sagrada Escritura; porque son estos nombres como unas cifras breves en que Dios maravillosamente encierra todo lo que acerca desto el humano entendimiento puede entender y le conviene que entienda».

## 10. Nombre y personalidad

Los latinos relacionaban nomen, el nombre, con omen, presagio o agüero, palabra cuya terrible significación nos queda en ominoso y en abominar. Cicerón decía: «Bona nomina, bona omina» (buenos nombres, buenos augurios). Ajax, el infortunado héroe griego, tenía en su nombre (formado sobre aianés «deplorable, triste, penoso»), el signo de su destino.

En muchas sociedades de tipo arcaico la elección del nombre está regulada estrictamente por el clan, y la perpetuidad de las almas está determinada por la perpetuidad de los nombres. Ignace Meyerson recoge en su obra algunas noticias. Entre los zuñis de la provincia de Cíbola cada nombre expresa una parte o atributo del animal totémico, y al asignarlo a una persona se determina su papel en el clan y su jerarquía en el ceremonial religioso. El hombre primitivo —como ha mostrado Frazer, y han comprobado centenares de investigadores en todas partes del mundo— cree que hay entre los nombres y los seres u objetos que designan un vínculo sustancial, y que se puede actuar sobre una persona y

causarle un mal a distancia por medio de su nombre como se puede actuar sobre él por medio del pelo, las uñas o una parte cualquiera de su cuerpo. El nombre es una parte vital, tan propia como los ojos o los dientes. El groenlandés —dice Knud Rasmussen (citado por Jespersen, en Humanidad, nación e individuo) divide a la persona en cuerpo, alma y nombre: el nombre implica cierta provisión de poder vital, y el niño que recibe el nombre de un muerto hereda sus cualidades. O el muerto revive en el vivo. Hay esquimales que al envejecer cambian de nombre, para lograr un nuevo lapso de vida. Los indios de Chiloé guardan el secreto de sus nombres y se aterrorizan si alguien llega a pronunciarlos en voz alta. Cuando un extranjero pregunta por su nombre a un araucano, contesta invariablemente: «No tengo ninguno». Hay tribus canadienses en las que jamás puede uno pronunciar el propio nombre. Sólo pueden hacerlo los demás. Muchos pueblos tienen, desde la antigüedad, la costumbre de usar un nombre público y otro secreto. Los indios del Orinoco (chiricoas, piaroas, panares) preguntan al forastero por su nombre, y ellos dan en seguida el suyo, pero su nombre español, no su nombre indígena. Juan Solito, el cazador de tigres de Canaima, la novela de Rómulo Gallegos, oculta cautelosamente bajo el apodo su nombre propio y verdadero. El nombre forma parte del campo mágico de la persona, y hay que protegerlo contra cualquier asechanza. El sentido mágico del nombre en pueblos diversos, esparcidos por los cinco continentes, habla a favor de la unidad original del lenguaje humano.

Hay un sentido reverencial del nombre y hay un tabú del nombre. Los primeros cristianos adoptaron en el bautismo nombres como Renatus (renacido), Benedictus (bendito), Pius (piadoso), que eran una afirmación de su nueva fe, y en España, en el siglo XVII, las polémicas sobre el dogma de la Inmaculada Concepción dieron nombres como María de la Concepción (y consiguientemente María de los Milagros, María del Carmen y otras advocaciones de la Virgen), que empezó siendo una combativa profesión de fe. De ahí la actual profusión de nombres como Concepción, Asunción, Carmen, Soledad, Amparo, Consuelo, Milagros.

Hoy los cristianos suelen dar a sus hijos el nombre de los padres o parientes vivos; los judíos sólo el de los antepasados muertos, lo cual implica en otros pueblos evocar los espíritus malignos. Entre los guajiros, por ejemplo, mencionar el nombre de un muerto ante los miembros de la familia es un delito que a veces se castiga con la muerte. En Australia y en América del Norte hay tribus en las que, si uno muere, todos los que tienen el mismo nombre se lo cambian. Entre los abipones del Chaco —cuenta el P. Dobrizhoffer— si moría una persona, quedaba abolido su nombre. Si se llamaba, por ejemplo, «Jaguar» o «Caimán» había que cambiar el nombre del jaguar o del caimán. En los siete años que vivió entre ellos, los abipones cambiaron tres veces el nombre del jaguar: las ancianas de la tribu acuñaban, en lugar del nombre del muerto, nombres nuevos acatados por todos. Hechos análogos ocurren en Groenlandia, en Madagascar, en África Central, en la India meridional. La igualdad de nombre crea una hermandad de tipo mágico, y nuestra palabra tocayo, que la evoca, se ha creído que se debe a los indios mejicanos. Entre los esquimales implica una identidad, y las personas que tienen el mismo nombre pueden intercambiar sus funciones.

El tabú del nombre corta las raíces de la tradición histórica. Los poetas esquimales pueden ser famosos en vida; la muerte borra inexorablemente sus nombres. No es raro, en pueblos diversos, que el nombre se renueve, en las distintas épocas de la vida, o ante acontecimientos externos, afortunados o infortunados. Una persona en peligro cambia su nombre para despistar a los espíritus hostiles. Entre los anamitas del Viet-Nam, si un niño está gravemente enfermo y han fracasado todas las artes, se recurre al remedio supremo: cambiarle el nombre. Todavía en 1878 el emperador de China, para conjurar una sequía espantosa, cambió de nombre. Muchos pueblos de Asia, de África, de Oceanía —léase de nuevo a Frazer— mantienen secreto el nombre de sus jefes y de sus reyes. En cambio, para nuestro mundo dejar un nombre es hoy suprema aspiración. Nuestra civilización, que es producto de la conciencia histórica (el homo sapiens lo es sobre todo por ser homo historicus) ha hecho un culto del nombre, que sólo se cambia cuando se trata de desvanecer la propia personalidad o de adquirir otra (la mujer al casarse, el que ingresa en una orden monástica o un príncipe en el acto de la coronación). Los

conquistadores de América todavía podían regalar sus nombres a los indios o a los esclavos en el acto del bautismo (continuaban una tradición romana). Pero modernamente ha surgido el orgullo del nombre o el honor del nombre, y hasta el temor de que pueda desaparecer y el afán de asegurar su persistencia, como signo de la estirpe. Ya en las Coéforas de Esquilo lo expresaba Orestes (v. 505-506): «los hijos del héroe salvan su nombre de la muerte...».

Claro que circunstancias especiales de la vida política o artística generalizan a veces un seudónimo afortunado (Lenin, Stalin, Máximo Gorki, Mark Twain, Rubén Darío, Pablo Neruda, Azorín), que borra el nombre legítimo. Pero en general la vida moderna ha impuesto la continuidad tiránica del nombre, adherido a la personalidad. Con razón se quejaba Goethe, en Poesía y verdad, de que Herder, «que no podía escribir una carta sin salpimentarla con una cuchufleta», se hubiese permitido un juego de palabras agravante con su nombre («von Gotthern du stammst, von Goten oder von Kote...»). El nombre propio —dice— no es una capa que se le cuelga a uno y que cabe deshilar o desgarrar, sino que es un traje perfectamente ajustado, o mejor, «la piel misma, que crece con uno y a la que no se puede herir o lastimar sin causar daño a toda la persona, o sin que toda ella se resienta». No es extraño que el nombre, tan consubstanciado hoy con la persona, se degrade en número, en las cárceles y campos de concentración de regímenes inhumanos. La falta de nombre implica algo terrible, inaudito: «¡Eso no tiene nombre!», decimos de lo que sobrepasa todos los límites, de algo monstruoso. Dentro de la tradición latina, la falta de nombre, la ignominia, se ha vuelto equivalente de deshonor o infamia.

Nuestro mundo histórico, el de las ciencias y de las artes, incluyendo las de la guerra y el gobierno, está dominado —¿lo seguirá estando en el futuro?— por el valor y el prestigio de la personalidad, valor y prestigio que a veces han revestido las formas de culto, con monstruosas manifestaciones idolátricas. El nombre se ha encarnado en la personalidad, y se actúa en nombre de alguien cuando se asume su representación. Escuchemos a un español que tuvo como nadie el sentido dramático de su yo, y la angustia de la inmortalidad o de la muerte. Escuchemos a Don Miguel de Unamuno:

Preguntar «¿qué es eso?» quiere decir «¿cómo se llama?». En el principio fue la palabra, y en el fin lo será, pues en ella ha de volver todo... El hombre deja a la tierra unos huesos, y al aire un nombre, un nombre en la memoria de la palabra creadora, en la historia, tejido de nombres; un nombre, si logra buena ventura, más duradero que los huesos, más que el bronce... ¡La palabra y el nombre!

«Santificado sea el tu nombre», se nos ha enseñado a rezar. Y es que el nombre de Dios es Dios, es divino. «¡Dime tu nombre!» suplicaba anheloso Jacob al ángel con quien luchó, pasado el vado de Jacob hasta el rayar del alba... «¡Dime tu nombre!» Y Jacob le dijo el suyo para que le bendijera.

## 11. La palabra escrita

La palabra, dios alado, aire musical, encontró doradas cadenas en la escritura. El carácter etéreo, espiritual, de la palabra se materializó en signos tangibles. El espíritu se hizo letra. El futam, el hado, el terrible destino, era «lo que estaba dicho». Ahora la fatalidad es «lo que está escrito»: «¡Estaba escrito!». La Providencia parece desde entonces un escriba implacable que lleva anotado, en un libro inmenso, cada segundo de nuestro bien y de nuestro mal, hasta el postrer segundo. ¡Todo está escrito! La creencia misma, transmitida y recreada por la tradición, se ha transformado en libro, en biblos, y la suma de los libros sagrados es la Biblia, los libros. El libro ha tenido inicialmente carácter sagrado. La escritura primitiva era pictográfica: la palabra era todavía parábola, fábula. Si la palabra tenía virtud sagrada, también su imagen, y también la piedra, el ladrillo, el metal, la corteza o el papiro en que estaba fijada. Si la palabra divina revelada a Moisés era sacrosanta, debía serlo también el Libro que la recogía y guardaba, y la lengua misma de la revelación. Y cuando la escritura dejó de ser pictográfica, cuando las imágenes tradicionales se fueron estilizando hasta hacerse inidentificables, cuando se extrajeron de ellas los signos alfabéticos, el misterio de la letra vino a sumarse al misterio de la palabra. Fueron los semitas (¿los fenicios?, ¿los hebreos?, ¿los árabes?) los inventores de la letra. Y es curioso que el pueblo semítico por antonomasia, el pueblo judío, muestre, a través de miles de años de historia,

la devoción, el fervor, la fidelidad a la letra. Olvidó el hebreo, la lengua del Génesis, para hablar el arameo, que fue la lengua de Jesús, pero lo escribió siempre con letras hebreas. En España olvidó sus lenguas orientales y aprendió el español, pero lo escribió siempre con caracteres hebreos, y lo sigue escribiendo, en los quebrantados restos de las comunidades sefarditas, en Oriente o en América, aun para textos profanos, aun para el más profano de los textos: el periódico cotidiano (últimamente La Verdad y El Tiempo de Israel se publican con caracteres latinos, quizá para señalar el contraste con el hebreo oficial). Los judíos de Europa Central adoptaron en la Edad Media el alemán de la época y su dialecto alemán, el yiddish, lo llevaron por las distintas tierras de su diáspora, a Polonia, a Rusia, a China, a América, pero lo escribieron siempre, y lo siguen escribiendo, en sus cartas, en sus periódicos, en sus libros, salvo leves adaptaciones, con los viejos rasgos hebreos de sus textos sagrados. Junto a esa infidelidad a la lengua hebrea (a la que vuelven hoy, por milagrosa resurrección, en la Palestina recuperada) y la adopción y mantenimiento, por largos siglos, de la lengua del país adoptivo donde alguna vez pudieron desenvolver su cultura, ¿no es portentosa esa incommovible fidelidad a la letra tradicional? El cristianismo le ha asignado al judaísmo, desde la Antigüedad, el papel de depositario de la letra. La supervivencia del judío a través de las infinitas tribulaciones de su historia, y quizá también la grandeza trágica de su destino, ¿no se debe a su fidelidad a un Libro?

En el polo opuesto del mundo semítico, los conquistadores indoeuropeos se mostraron inicialmente reacios a la escritura. Como semicivilizados —dice Meillet—, la palabra era para ellos una fuerza peligrosa. Fijar esta fuerza por la escritura era crear un arma que podía caer en manos enemigas. Todavía en la época de César, los druidas se resistían a servirse de la escritura. El valor de la letra es un misterio insondable para el hombre primitivo: la magia de la palabra está encerrada en el papal o en el libro. La palabra sagrada se vuelve más sagrada. La religión se transforma en dogma. Y alejada del espíritu que le dio vida, es entonces cuando la letra con sangre entra.

También América lo testimonia. Cuenta alguna crónica de la conquista del Perú que, cuando Fray Francisco de Valverde, religioso dominico que acompañaba a Pizarro, se acercó a Atahualpa, el emperador peruano se asombró de su barba y corona raída, de su hábito largo, de la cruz de palma que llevaba en una mano y de un libro que llevaba en la otra. Y que después de la oración del Padre Valverde, se produjo un altercado entre el Fraile y el Inca. Atahualpa le dijo: «Vosotros creéis que Cristo es Dios y que murió. Yo adoro al Sol y a la Luna, que son inmortales. ¿Y quién os enseñó que vuestro Dios es el hacedor del universo?». Fray Vicente de Valverde contestó que aquel libro. Atahualpa lo tomó, lo hojeó y lo puso al oído, y como vio que no le hablaba, lo echó a tierra. Y cuentan que entonces Fray Vicente lo levantó y fue a los suyos, diciendo: «¡Cristianos, los Evangelios hollados! ¡Justicia y venganza sobre éstos!».

Y refiere además el Inca Garcilaso el siguiente episodio (Comentarios Reales, 1º parte, libro LX, cap. XXIX): Un español del Perú mandó a otro, desde su heredad, diez melones. Los melones los llevaron dos indios auestas, con una carta. Tentados en el camino por ese nuevo producto de su tierra, se comieron dos de los melones, pero para evitar que la carta los denunciara, la ocultaron entretanto detrás de un paredón: «los indios —dice—, en aquellos principios, como no sabían qué eran letras, entendían que las cartas que los españoles se escribían unos a otros eran como mensajeros que decían de palabra lo que el español les mandaba, y que eran como espías que también decían lo que veían por el camino». Y quedaron aterrados cuando, al llegar a su destino vieron que la carta, a pesar de haber estado oculta reveló que les habían entregado diez melones, y que por lo tanto ellos se habían comido dos. Un episodio análogo contaba ya Pedro Mártir, en sus Décadas (III, libro VIII, cap. IV), luego Fernández de Oviedo en su Historia (libro XXIX, cap. XXVIII) y también López de Gómara. Sin duda es risueña invención de los primeros conquistadores. Pero testimoniaba la actitud indígena ante el misterio de la letra. Los indios de México tenían códices escritos, pero en varias ocasiones —dice Bernal Díaz, caps. CCLI y CXLIV— le pidieron a Cortés cartas que atestiguaran su voluntad a otros indios. Aunque no entendían las cartas, «eran para ellos como mandamientos o señales».

En todo nuestro mundo, la vieja magia de la palabra oral se enriquece con la nueva magia de la letra y

los símbolos escritos. La Madre Celestina se prepara para ir a casa de Melibea a hechizarla a favor de Calisto. Escribe un papal, con sangre de murciélago, letras y signos, y dirige su conjuro, sin duda eficaz, a Plutón, «señor de la profundidad infernal»:

—...yo, Celestina, tu más conocida cliéntula, te conjuro, por la virtud e fuerza destas bermejas letras, por la sangre de aquella noturna ave con que están escriptas; por la gravedad de aquestos nombres e signos que en este papel se contienen... vengas sin tardanza a obedecer mi voluntad.

La palabra escrita ha ganado prestigio sobre la palabra hablada. Se la puede fijar además en filigranas de oro y plata, y con los más hermosos rasgos (hay verdaderas maravillas de letra manuscrita e impresa). Entre los antiguos egipcios la escritura tenía carácter hierático, y si se tragaba un papiro que contenía el nombre verdadero de una divinidad, se adquirirían sus poderes. Las fórmulas imprecatorias de griegos y romanos acrecentaban su poder al estar inscritas en tabletas de plomo (*Defixionum tabellae*). Entre los persas, el enamorado inscribe en una piedra plana el propio nombre con el de la madre, y el de la persona amada y de su madre, y echa la piedra al fuego: al calentarse hace crecer el amor. En Mongolia y el Tíbet, como el poder de la plegaria se multiplica con la repetición, se acostumbra copiarla en el cilindro giratorio de un molino. Los molinos de plegarias —¡oh industrialización de la plegaria!— pueden moverse a mano, pero también los hay en los techos o en el extremo de un mástil, o en el agua, movidos por la corriente.

Cristianos y judíos no han llegado a tanto, pero es frecuente que lleven amuletos con textos sagrados: los cristianos escribían antiguamente el Credo en las puertas de sus casas; los judíos tradicionalistas todavía acostumbran colgar en el dintel una pequeña arca con versículos de la Biblia para bendecir al visitante (la mezuzá), y en la vieja Cábala cada una de las letras del alfabeto hebraico estaba dotada de potencialidad mágica (ya para los pitagóricos las vocales, cada una de las cuales representaba un planeta, y las consonantes del alfabeto griego, tenían significación mística). Un cuento árabe de Las mil y una noches elogia las virtudes maravillosas de los talismanes, debidas a las letras que los componen, porque las letras se relacionan con los espíritus, y los espíritus representados por las letras son —dice— «los que hacen esos prodigios que asombran a los hombres vulgares, pero no turban a los sabios, que no ignoran el poder de las palabras, y saben que las palabras gobiernan siempre el mundo y que las frases escritas o proferidas pueden derribar a los reyes y arruinar sus imperios».

## 12. Letra y espíritu

Antes de fijarse la religión en los libros sagrados y el derecho en leyes, la religión y el derecho eran palabra oral, tradición viva. Con la letra, la suprema actitud religiosa y jurídica consistió en conservar y fijar la palabra revelada y mantener la ley. Desde San Pablo se hace la oposición entre la letra y espíritu, entre la vieja letra que mata y el espíritu nuevo que vivifica oposición que para él es de judaísmo y cristianismo. La letra puede efectivamente matar. Si es de una lengua desconocida, no nos dice nada, es muda mientras que la palabra hablada la viva voz, el son, siempre dice algo. Y su poder hasta puede rebasar el valor significativo, puede ir más allá de la comprensión misma. Cuenta Valle Inclán, en *La lámpara maravillosa*:

San Bernardo, predicando en la vieja lengua de oíl por tierras extrañas donde no podía ser entendido, levantó un ejército para la cruzada de Jerusalén. Ciertamente que ninguno alcanzaba sus divinas razones pero era tan viva la llama de aquella fe, que cegaba los caminos cronológicos del pensamiento y llegaba a las conciencias intuitivamente, contemplativamente, porque las palabras, depuradas de toda ideología, eran claras y divinas músicas. La unción con que hablaba ponía en las almas aquel religioso latido de la piedad caballeresca que convertía las florestas en lanzas... Adonde no llegan las palabras con sus significados, van las ondas de sus músicas.

No siempre tiene la palabra destino tan afortunado. Otras veces le pasa lo que —según cuentan— le ocurrió una vez a San Antonio de Padua. El buen santo, satisfecho del resultado de un sermón suyo a los peces del mar, decidió predicar a los de un hermoso río. Acertaron a pasar poco después unos caballeros, y enterados del sermón preguntaron al auditorio qué les había predicado el santo. Los peces,

discretos, callaron. Pero las ranas les informaron qué les había dicho: «¡Cro, cro, cro, cro!». De ahí nació la famosa leyenda de que una vez San Antonio de Padua predicó diciendo: «¡Cro, cro, cro, cro!». También la letra es depositaria del espíritu. Hay esclavos de ella, que se acuestan sumisos a su pie. Pero ella por sí misma no dice nada o casi nada. Hay que recrearla. Leer es vivificar la letra. Por eso Pascal podía decir: «No es en Montaigne, es en mí mismo donde encuentro lo que en él leo». Y por eso Unamuno se descubría a su vez en Pascal y podía decir: «Hay tantos Pascales como hombres que al leerle le sienten y no se limitan a comprenderle». Montaigne renace con Pascal; Pascal a su vez renace en Unamuno. Cada uno traduce lo que oye, o lo que lee, a su propia lengua. Es la tremenda aventura, siempre azarosa y dramática, de todo lo que se dice, de todo lo que se escribe: la letra de Montaigne recreada por Pascal, la voz de San Antonio de Padua traducida a la lengua de las ranas.

### 13. Las comillas

Si las letras, según la tradición oriental, están regidas por genios invisibles, también los inocentes signos de puntuación parecen tener su espíritu. Vossler, el maestro de la lingüística idealista, se detiene en el origen devoto de las comillas. En los manuscritos religiosos de la Edad Media se colocaba, al margen de papiros y pergaminos, unas rayitas ornamentales siempre que aparecía en el texto una cita bíblica. Eran pequeñas llamadas, muy frecuentes, porque los textos estaban salpicados de pasajes de las escrituras, o de citas de los padres de la Iglesia. Esas llamadas pasaron poco a poco a los textos profanos, y finalmente se usaron para cualquier clase de citas. Hoy se emplean, además, para el diálogo, y aun para subrayar la intención —buena o mala— con que se emplea una palabra.

### 14. Secularización del lenguaje

El lenguaje pasa así a cada instante de la esfera mágica y religiosa a la esfera profana. La antigua sátira griega era un arma mágica capaz de aniquilar a un enemigo; hoy es desahogo literario o periodístico, que hiere, pero no mata. La Filología misma empezó por ser análisis y crítica de los textos religiosos (Panini en la India, Erasmo y los humanistas del siglo XV), y es hoy análisis y crítica de toda clase de textos. El estilo de la predicación religiosa se ha extendido a toda clase de predicación, aun a la antirreligiosa. La oración, acto de comunicación del hombre con la divinidad, o vieja fórmula mágica destinada a lograr un objeto o a producir un efecto —entre griegos y romanos debía pronunciarse en voz alta, y una palabra omitida o mal pronunciada anulaba la virtud del acto— se degrada en pieza oratoria o en unidad gramatical. Y para completar el ciclo, los oradores sagrados han empezado a hablar como los oradores profanos.

Las mismas fórmulas mágicas y religiosas del lenguaje pierden paulatinamente su contenido original. El adiós de los saludos ya no evoca a la divinidad, y ni aun el quede usted con Dios o vaya usted con Dios, que se usan todavía en algunas regiones. El abur, también un saludo, que algunos quisieron, con fanatismo pueril, imponer frente al adiós, tampoco evoca hoy a augurium, el agüero, de las antiguas supersticiones. ¡Por Dios!, ¡Dios mío!, ¡Dios sabrá!, ¡Quiera Dios!, ¡Estaba de Dios!, son hoy fórmulas sin contenido religioso, en que muchas veces se menciona el nombre de Dios en vano. El cristiano puede decir ¡ojalá! sin pensar ni un instante que está invocando el dios musulmán (wa sha Allab = y quiera Alá). Expresiones como ¡Diablos! ¡Demonios!, ¡Que se vaya al diablo!, y muchas otras, tampoco implican hoy una creencia en las potencias demoníacas. Del mismo modo, vuestra merced se hizo usted; trifolium, tres hojas, se hizo trébol; silbarius, silbador, se transformó en jilguero, y mars caecus, ratón ciego, en murciélago. Y yendo más lejos, la Luna es 'la luminosa' (de lux): la serpiente es la que serpea o se arrastra, y nuestro hombre (el homo latino) se remonta en su origen a humus, la tierra: el hombre es 'el nacido de la tierra', 'el terrestre' frente a los dioses, seres celestes. La palabra es casi siempre una metáfora muerta. La evolución lingüística convierte en signo ciego lo que fue alguna vez creación luminosa.

### 15. Palabra y vida

Y así, el lenguaje se despoetiza o convencionaliza, las viejas imágenes mueren, la palabra se vuelve tópico o lugar común, fría cárcel. Poetas y pensadores —sobre todo los románticos— se han quejado de la pobreza, de la limitación de la palabra, frente a los torbellinos de la fantasía. El fuego del alma —ha dicho alguien— se consume en la palabra («En cuanto el alma habla, ¡ay!, ya no habla el alma», es verso de Schiller). Bécquer quería cantar su himno gigante y extraño con palabras que fueran suspiros y risas, colores y notas. Los justos en el paraíso de Dante se entienden sin palabras: leen sus pensamientos reflejados directamente en la luz divina. La palabra es un pobre «Ersatz», espejismo engañoso, fuego fatuo, fantasmagoría del espíritu! nada más que sombra. ¡Pero no! Thomas Mann —léanse sus Ensayos políticos y discursos— reacciona contra la afirmación de la pobreza de la lengua y contra toda detracción de la palabra:

A mí me parece que la lengua es rica, exageradamente rica, junto a la penuria y limitación de la vida. El dolor tiene límites: el del cuerpo, en el desmayo; el del alma, en la demencia... La desgracia lo mismo. Pero la necesidad humana de comunicarse ha inventado sonidos misteriosos que van mucho más allá de esos límites... ¿Ocurrencia mía? ¿Será que sólo a mí el efecto de ciertas palabras me recorre la médula de arriba abajo, haciéndome imaginar estados de ánimo que en realidad no existen?

Y confesaba Gabriel Miró, en *El humo dormido*, su libro de recuerdos:

...hay emociones que no lo son del todo hasta que no reciben la fuerza lírica de la palabra, su palabra plena y exacta. Una llanura de la que sólo se levantaba un árbol, no la sentí mía hasta que no me dije: «Tierra caliente y árbol fresco». Cantaba un pájaro en una siesta lisa, inmóvil, y el cántico la penetró, la poseyó toda, cuando alguien dijo: «Claridad». Y fue como si el ave se transformase en un cristal luminoso que revibraba hasta en la lejanía. Es que la palabra... resucita las realidades, las valora, exalta y acendra...

La palabra es capaz no sólo de crear estados de ánimo inexistentes, sino sentimientos nuevos, tormentas de pasión, llamaradas del pensamiento. El lenguaje, como el arte, puede ser superior a la vida, o constituir una culminación de la vida o una supravida. El mismo Thomas Mann nos dice: «El lenguaje es la crítica de la vida: nombra, distingue, caracteriza y juzga, por la virtud que tiene de dar vida a todo lo que toca». El poeta restablece a cada paso la fuerza vital de la palabra, vuelve a convertirla en creadora del mundo.

## 16. Confucio y la propiedad de los nombres

Hace unos dos mil quinientos años, Tsen Lu le dijo a Confucio:

—El Príncipe de Wei se propone confiaros el gobierno. ¿Cuál sería la primera medida que tomaría el Maestro?

Confucio respondió:

—Restablecer la significación verdadera de los nombres.

La propiedad de las palabras implica un orden moral y político. Los sabios han atribuido a cada realidad una designación, y los nombres deben conformarse entre sí y realizarse en la acción. Otro discípulo le preguntó cuál era el principio del buen gobierno, y Confucio respondió:

—Que el Príncipe sea Príncipe; el ministro, ministro; el padre, padre; y el hijo, hijo.

Es decir, cada nombre tiene unas implicaciones que constituyen su esencia. El Príncipe tiene la obligación de poner orden en las cosas y en las significaciones. Si no procede así, no es Príncipe, aunque así se llama. En el principado de Wei no había orden moral: la Princesa era incestuosa; el marido y el hijo habían intercambiado las designaciones; la esposa no se conducía como esposa, ni el padre como padre, ni el hijo como hijo. Había que restablecer la verdadera significación de los nombres. El nombre correcto —es decir, la adecuación entre nombre y realidad— es el instrumento de ordenación de la vida pública y privada.

## 17. Valor del silencio

El destino del lenguaje parece ser su progresiva profanación: los imperativos prácticos amenazan con

dominarlo. Como conserva, sin embargo, en su esencia, la tremenda fuerza original, se le usa a cada paso, no por su puro valor significativo, sino por lo que provoca. La palabra es arma de muchos filos: «No se dice en vano que el más empecible miembro del mal hombre o mujer es la lengua» —dice Melibea en la Celestina (empecible es dañoso). Y afirma un viejo refrán castellano: «La lengua no es de fierro, mas corta más que espada». Su eficacia es aún mayor en la vida colectiva. En mítines, proclamas y consignas puede convertirse en reguero de pólvora. O bien, de profanación en profanación, degenerar en charlatanismo.

En el viejo mundo semítico la palabra estaba identificada con la acción, y decir y hacer eran una sola y misma cosa: el árabe *qaul*, la palabra, se aplicaba también a los actos, y el hebreo *dàbùr* designaba a la vez la palabra y la acción. Por eso Goethe, en su Fausto, introducía una variante muy legítima en la traducción del famoso versículo de San Juan: «En un principio era la acción»... Hablar era hacer. La identificación entre palabra y acción, que se encuentra en muchas lenguas antiguas, reposaba en el poder mágico, fáctico, de la palabra: era eficaz, hacía. Poco a poco se separaron las dos actividades definidoras del hombre, y la sensata medianía empezó a decir: *res non verba, facta non fabulae* («A las obras creo —dice Celestina a una de sus discípulas—, que las palabras de balde las venden dondequiera»). Habían pasado los tiempos en que las palabras eran cosas y las fábulas hechos. «Obras son amores, y no buenas razones», se oye, como si la buena razón no fuera el mejor de los amores, y el amor la mejor de las razones.

La palabra es cada vez menos sagrada. Aun alejada de sus orígenes, se mantenía su culto en la oratorio y en el diálogo. La oratorio, una de las grandes artes de nuestro mundo —Isócrates, Cicerón, Castelar— está degenerando en técnica de agitación y propaganda (más de lo primero que de lo segundo). Y el diálogo se convierte a cada paso en cháchara o en mezquino intercambio de calderilla verbal. El cantinflismo se ha vuelto signo de la época. Todavía hace cincuenta años se cultivaba el arte de la conversación, la tertulia era una especie de Foro o Ágora. El Maestro Francisco Giner de los Ríos hablaba del «sacramento de la conversación», y su noble magisterio fue en gran parte la prodigalidad de su palabra. ¿Qué era Sócrates sino un conversador? El impulso creador de la ciudad grecolatina fue, para Ortega Gasset, simplemente un apetito genial de conversación: la palabra más prestigiosa de Grecia —dice— era *logos*, precisamente la palabra, y la ciencia suprema, que descubrieron los griegos, fue la dialéctica, que quiere decir conversación (procede de diálogo, que a su vez viene de *logos*). Grecia, que desarrolló el culto de la palabra, tenía además su dios del silencio, llamado Harpócrates, transfiguración del Horus egipcio. Frente a la devoción de la palabra existió también, en todo el mundo, la devoción del silencio, que es condición sustancial del hablar. En la India antigua los discípulos de Sancara le preguntaron una vez al filósofo —cuenta Ortega Gasset— cuál era el gran brahmán, o sea la mayor sabiduría:

—El sabio maestro indio calló. Preguntáronle por segunda vez, y calló también. Insistieron nuevamente, y entonces Sancara exclamó:

—¡Os lo estoy diciendo, hijos, os lo estoy diciendo! El gran brahmán es silencio.

Sin duda, más elocuente que todos los discursos necrológicos es el homenaje del largo minuto de silencio. Más impresionante que sus rezos es el silencio ritual de benedictinos y cartujos. Maeterlinck colocaba el silencio más alto que el lenguaje. Hoy, más que nunca, ante la profanación desorbitada de la palabra y «el Niágara verbal cotidiano», el hombre está buscando refugio en el silencio, exalta la virtud del silencio, descubre el valor religioso del silencio. Pero el silencio es siempre inquietante y misterioso: el horror al silencio es una especie de horror al vacío, y las fórmulas de cortesía y los infinitos tópicos de la conversación cotidiana tienden a llenarlo. «Nace un ángel», dicen con optimismo en algunas partes al producirse un silencio en la conversación. «Nace un tonto», dicen en otras, y hay que evitarlo a todo trance. Juan Maragall, el gran poeta catalán, acude en defensa de la palabra buena, recatada, verdadera:

Yo creo que la palabra es la maravilla mayor del mundo porque en ella se abrazan y confunden toda la maravilla corporal y toda la maravilla espiritual de nuestra naturaleza. Parece que la tierra usa todas sus



fuerzas en llegar a producir el hombre como el más alto sentido de sí misma, y que el hambre use toda la fuerza de su ser en producir la palabra.

Veis al hambre en su silencio, y os parece nada más que un ser animal más o menos perfecto. Pero poco a poco se animan sus facciones, un principio de expresión ilumina sus ojos con una luz espiritual, muévense sus labios, vibra el aire en una variedad sutil, y esta vibración material, materialmente percibida por el sentido, trae en sí esta cosa inmaterial, develadora del espíritu: la idea...

¡Con qué santo temor deberíamos hablar, pues! Habiendo en la palabra todo el misterio y toda la luz del mundo, deberíamos hablar como encantados, como deslumbrados, porque no hay nombre, por ínfima cosa que nos represente, que no haya nacido en un instante de inspiración, reflejando algo de la luz infinita que engendró el mundo.

¿Cómo podemos, pues, hablar tan fríamente y en tal abundancia? Por esto solemos escucharnos unos a otros con tanta indiferencia; porque el hábito del demasiado hablar y el demasiado oír embota en nosotros el sentimiento de la santidad de la palabra. Deberíamos hablar mucho menos y sólo por un profundo anhelo de expresión, cuando el espíritu en su plenitud se estremece y las palabras brotan como las flores en la primavera. Cuando una rama no puede más con la primavera que lleva dentro, entre la abundancia de las hojas brota una flor como expresión maravillosa. ¿No veis en la quietud de las plantas su admiración de florecer? Así nosotros cuando brota en nuestros labios la palabra verdadera.

#### 18. Voces de alarma

Hasta hoy hemos vivido bajo la soberanía de la palabra. La escritura, y sobre todo la escritura alfabética, representó la potencialidad y multiplicidad de la palabra. Más aún después de Gutenberg. Ya hemos visto que es vieja la reacción contra la palabra escrita, que se manifestó en los antiguos conquistadores indoeuropeos y en los viejos druidas. Frente a la vitalidad de la memoria, señalaba Sócrates, en el Fedón, los peligros de la escritura. En nuestra lengua, Unamuno y Ortega y Gasset se han detenido en las limitaciones y peligros de la palabra escrita. En su Agonía del cristianismo, Unamuno considera que la palabra escrita es la Crucifixión de la palabra. Ortega habla de la tristeza espectral de la palabra escrita, y cita a Goethe, para el cual la palabra escrita era un mísero Ersatz de la palabra hablada.

Voces más alarmistas han sonado en el último tiempo. La de McLuhan, por ejemplo. Achaca a la profusión de la palabra impresa [«la Galaxia de Gutenberg»] todos los males contemporáneos y anuncia la decadencia o muerte del libro, de la palabra escrita, y de la palabra misma, ante el auge de los medios electrónicos (cine, televisión, computadoras, etc.), que inician una era nueva: la era electrónica.

McLuhan ve en la lengua escrita el predominio de lo visual a expensas de todos los demás sentidos. En lo cual nos parece injusto. La palabra escrita se percibe por medio de la vista, pero en ella está siempre contenida la voz articulada y su efecto acústico: la palabra resuena siempre en el oído, aun en la lectura silenciosa. Si no, no existiría la poesía escrita, ni se percibiría el ritmo de la prosa. De modo análogo, la representación pentagramática presupone el oído. La literatura contrasta con las artes plásticas, que sí están dirigidas a la vista.

En cuanto a la pretendida decadencia del libro y de la lengua escrita, se observa en cambio un creciente ímpetu editorial y el desarrollo y poder del periodismo (un verdadero diluvio de letra impresa). Sí puede admitirse que se escribe y se lee cada vez peor. Se observa un auge creciente de la imagen frente a la palabra: la imagen inmóvil de las historietas gráficas («los comics», que han elementalizado hasta obras maestras de la literatura y hasta la historia de la humanidad) y las imágenes móviles del cine y la televisión. Se tiende a convertir la palabra en medio auxiliar, de carácter servil. De reina soberana pasa a ser criada de servicio. De ahí cierta crisis expresiva que se nota en las generaciones nuevas de casi todo el mundo.

Si según Guillermo de Humboldt la lengua es el órgano generador del pensamiento, el nuevo mundo de

la imagen y de los medios electrónicos que McLuhan ve como el surgimiento de una nueva Edad de Oro («una Arcadia electrónica del futuro») nos parece más bien alarmante.

## 19. Conclusión

El lenguaje se nos aparece hoy como un sistema de signos ciegos, arbitrarios, tiránicos. La palabra se está transformando en utensilio, al servicio de las necesidades y afanes cotidianos, o al servicio de la razón. Hoy nos inclinamos a pensar que el lenguaje es una conquista de la razón humana, un instrumento de su poder. Más justo es creer que la razón humana es una conquista del lenguaje. El pensamiento —es la concepción de Guillermo de Humboldt— está consubstanciado con el lenguaje, que es su encarnación. «Más son los hombres formados por la lengua —decía Fichte, en 1807— que la lengua por los hombres». Sin duda el hombre hace la lengua y la lengua hace al hombre.

Palabra y razón aparecen identificadas ya en el logos griego o en la ratio latina. Razonar equivale a hablar en nuestra lengua medieval y clásica. La palabra ha conducido al hombre por los caminos de la razón. Pero antes de haber alcanzado las formas proposicionales del lenguaje articulado, antes de tener la palabra, el hombre dispuso de otros medios expresivos. Danza y cantos son sin duda anteriores al lenguaje. Y es precisamente del canto —según la seductora teoría de Jespersen— del que se ha desarrollado el lenguaje. Del canto de amor o de trabajo o de guerra, que era sin duda canto mágico. El lenguaje es, al parecer, una degradación del canto.

Pero al mismo tiempo que se degradaba como canto, ha ido encontrando una doble grandeza propia. En la poesía, donde se acerca de nuevo al canto, donde vuelve por virtud de encantamiento, a despertar a los muertos, a hacer danzar a las deidades ultraterrenas, a crear seres y mundos nuevos. Y en la razón, donde, emancipado de viejos terrores, ilumina y guía los pasos del hombre por los caminos infinitos de la filosofía y de la ciencia. Y siempre fiel a la virtud mágica de su origen, gracias a él no hay enteramente poesía sin razón ni razón sin poesía.

## 1. Voyelles

A noir, E blanc, I rouge, U vert, O bleu: voyelles.

Je dirai quelque jour vos naissances latentes:

A, noir corset velu des mouches éclatantes

Qui bombinent autour des puanteurs cruelles,

Golfes d'ombre, E, candeurs des vapeurs et des tentes

Lances des glaciers fiers, rois blancs, frissons d'ombelles;

I, pourpres, sang craché, rire des lèvres belles

Dans la colère ou les ivresses pénitentes;

U, cycles, vibrations divins des mers virides,

Paix des patis semés d'animaux, paix des rides

Que l'alchimie imprime aux grands fronts studieux;

O, suprême Clairon plein de strideurs étranges,

Silences traversés des Mondes et des anges:

O l'Oméga, rayon violet de Ses Yeux!

## Vocales

A negra E blanca I roja, U verde, O azul, vocales,  
diré algún día vuestros latentes nacimientos.

Negra A, jubón velludo de moscones hambrientos  
que zumban en las crueles hediondecas letales.

E, candor de neblinas, de tiendas, de reales

lanzas de glaciación fiero y de estremecimientos

de umbeladas I, las púrpuras, los esputos sangrientos,

las risas dé los labios furiosos y sensuales.  
U temblores divinos del mar inmenso y verde.  
Paz de las heces. Paz con que la alquimia muerde  
la sabia frente y deja más arrugas que enojos.  
O, supremo clarín de estridores profundos,  
silencios perturbados por ángeles y mundos.  
¡Oh la Omega, reflejo violeta de Sus Ojos!